

ANTÍTESIS A MANHATTAN

Por

Pedro Félix González Díaz

Dramatis Personae:

Campesino (1)

Enrique (29)

Fürher (7)

Margarita (28)

Sirena (6)

CUADRO ÚNICO

(Una mesa en el centro del escenario. Sobre ella, hay una Biblia, una caja de Schrödinger con apertura lateral, un Cristo en la Cruz, un Sagrado Corazón de Jesús y una máquina de escribir antigua, negra. Una mujer alta y esbelta escribe en la máquina con dificultades al dictado de un hombre que, con las manos atrás, gira a su alrededor, volviendo una y otra vez sobre el mismo tema, corrigiéndose continuamente. Es muy torpe e indeciso, y tiene una expresión feroz, de perro. Ella, paciente y amorosamente, saca, tira e introduce nuevas cuartillas en la máquina. En la habitación hay también dos sillas más y un gran sillón. A la derecha, una puerta que permanece abierta y a la izquierda una ventana cerrada.)

Enrique:

Es el gran concepto de la complementaridad.

Lo que en física está más próximo a la libertad.

Es el que uno sean dos y lo más simple mitad.

Escribe Margarita con cuidado la fórmula final.

Margarita:

¿La de Einstein o la de Heisenberg? Tú dirás cuál.

Enrique:

¿A dónde vas a parar

Mujer flaca y vertical?

¿De dónde vienes y a dónde vas?

Margarita:

Como todos, voy desde los campos al mar.
Y no recuerdo ni una letra de tu ecuación cenital.
Por favor, querido Enrique, hazlo tú. Recuérdala.

Enrique (Muy enfadado, casi ladrando):

Realmente esta es una gran maldad
¡Ellos nunca me dijeron que la naturaleza es dual!
Nunca lo dirían, nunca jamás, jamás, jamás.
La fórmula es mía, solo mía, de nadie más.
Son las mismas letras y los mismos números
Eso es y puede bien ser un lienzo de la verdad
Pero mi interpretación es otra: No es igual.

Margarita:

¿No es igual?
¿No es la de Albert, tal cual?
¿Ni la de Werner, además?
En verdad, señor mío, en verdad
Lo que tú más tienes de admirar
Es que eres un copista genial.

Enrique:

Pero dime, ¿qué habría de copiar
El Hamlet de la nova Dinamarca,
El nuevo Príncipe de esta ciudad?

Margarita:

Tal vez la gran complejidad
Del gran Calderón de la Barca
O de Edipo, el mito cruel y fatal.

*(Enrique es presa de la locura. Se tira al suelo y lo golpea con los puños.
Se oye llorar a la Sirena de Copenhague, entre los ladridos de bull-dog
proferidos por Enrique.)*

Sirena:

La luz de la bahía clandestina
El sol huidizo y malquerido
El viento helado, el amor frío
El dolor que al hombre se destina.

El sabio que al Príncipe abandona
Y a Gertrudis de amores desatina.
Los cercos de luto de la luna fría
Sobre Ofelia astral ya vuelta loca.

Y en la farmacia una niña se moría
Suspirando excrementos de gaviota
Mientras una sirena en el mar se sumergía.

Deberíais ser sinceros con la ciudad que nunca mira
No mentir al mundo que va más allá de esta agonía
Respirando olor a perro cada vez que os respira.

Enrique:

¿Qué dice de mí este ser frío mitad hembra mitad pez,
Esta sirena acerada que más bien parece helada arpía?

Margarita:

Que aquí huele a cancerbero bien lo debes creer.
Y aunque no haya corrupción de cuerpos todavía,
Hongos inmensos por el cielo habrán de aparecer.

Enrique (fuera de sí):

Yo soy un genio, el mayor quizá
Nada ni nadie lo hará cambiar.
El más grande que tiene la ciudad
De la física liliput y de la física total.
Tú eres la que me quieres robar
Mala hembra, hiena, mujer fatal.

Margarita:

Yo, una buena mujer y enamorada muy leal,
Siempre en busca del buen hacer y la verdad
E intuyo que la ley de la complementaridad
Tiene el color preciso de lo que es oriental.

Enrique:

¿Quieres decir que la idea de lo que es dual
También la tomé prestada de un científico oriental?

Margarita:

No. Yo decía que la complementaridad
Es una generalización de la lucha tenaz
De lo que viene del yin con lo que viene del yang.

Enrique:

¿Qué es eso del yin y el yang?

Margarita:

Nadie sabe en la ciudad
Cuando luna llena habrá
La lluvia viene y se va.
Y nubes blancas de azahar
Van fluyendo por el cielo
Desde los montes al mar.

Enrique:

¡No entiendo nada y eres mi fatalidad!

Margarita:

Trae, majadero, la Biblia a la que vas a violar

(Enrique coge la Biblia de encima de la mesa, la abre y, a medida que Margarita habla, pasa nerviosamente las hojas.)

Pues lo que querrás decir, hombre en busca del mal,
Es que los ricos del Cristo aún se pueden salvar.
Si un camello, de acuerdo con lo que es dual,
Por el ojo de una aguja puede al final pasar,

(Margarita coge la Caja de Schrödinger e introduce en ella el Crucifijo. La abraza después.)

Tu extraño Cristo cuántico morirá y no morirá
Y al Cristo de las viejitas desmentirá sin piedad.
Esta es la gran enseñanza que tú debes enseñar.

Enrique:

Ya comprendo. Ya lo tengo. Dadme albricias.
Que algo bueno en Dinamarca aún sin pudrir está.

(Enrique, entusiasmado, besa efusivamente a Margarita. Se oye la campanilla de la Sirena que llama a la alegría.)

Sirena:

Venid todos al llamar de la alegría
Al tibio sol compañero muy querido
Al viento familiar, al encontrado huido
Al amor y la paz que al hombre se destinan.

El sabio noble que al Príncipe combate
Y a Madre Gertrudis conforta e ilumina.
El cerco de luz ardiente de la luna amiga
De una Ofelia redimida en Copenhagen.

Y en la farmacia a la madrugada abierta una niña revivía
Suspirando los vapores de las rosas de este benigno aire
En tanto que una sirena orlada de luz desde la mar emergía.

Deberíamos amar sin piedad a la ciudad que nunca miro.
Hacer nuestro ese mundo más allá de la noche oscura y fría,
Respirar para siempre el olor a marinero que ahora respiro.

Margarita:

Si. El olor a salitre de un marinero que vuelve al mar
Para preservar a los hombres y sirenas de su cruel destino.

Enrique:

Sí. Que está y que no está salvada la Humanidad.

Margarita:

Pues por los horizontes que tiene el orbe infinito
El Cristo alegre de los cuantos morirá y no morirá.

Enrique:

Margarita, querida esposa mía
Fuente oculta de mi originalidad.
Luz de mi búsqueda, sol de mi verdad.
Margarita eres mi vida y mi felicidad.

Margarita:

¿Pondrás mi nombre junto al tuyo
Cuando todo esto quieras publicar?
¿Dirás a las gentes y colegas la verdad?
Que una Biblia cuántica te hice soñar.

Enrique:

Tú no eres más que mi esposa, mi par.
Con sólo la luz de mi nombre ha de bastar.

Margarita:

¿Fue quizá Nagaoka también tu esposo, tu par?
No te pintes de sorpresa. El del átomo saturnal.
Aquél japonés brillante que tú quisiste apagar
El que sacó los electrones antes que tú a pasear.

Enrique:

Sé quien dices. Un nombre en la eternidad.
Lo mismo que mató al Giordano, al nipo matando está
Que su curioso modelo vino al mundo muy temprano
Y no pudo prosperar.
No pudo ser evaluado por juvenil y genial.
Ni yo pudiera tampoco ir contrario al caudal
Que los otros creadores dieron a mi nombre afán.

Margarita:

¿No mereció tu recuerdo, al menos por caridad?

Enrique:

Silencio amanuense mía. De esto no se hable más.
Vamos, escribe que dicto: un camello pasará
Por el ojo de una aguja y nunca más volverá.

Margarita:

¿Has cogido bien la idea?
Bueno, para el caso es igual
Te llamarán El Oscuro cual Heráclito y en paz.

Enrique:

¡Mujer, tú me has dejado de amar!
Y yo me siento triste, abandonado y sombrío...

(Ambos quedan cabizbajos y silenciosos. Sólo pueden oírse algunos gruñidos de perro y gemidos de sirena decepcionada.)

Sirena:

¡Ay qué noche tan amarga, qué arista fría!
¡Qué postrer estertor de amores malheridos!
¡Qué viento tan helado, qué beso tan furtivo!
¡Qué dolor de hielo que al hombre se destina!

El sabio que a las fértiles hembras hiere y abate
Y a las innútiles niñas menosprecia y desatina.
El cerco malvarosa de la amenazante luna fría
De las muchachas a media luz de Copenhagen.

Y los ácidos picantes a una niña olvidada disolvían
En todas las asépticas farmacias repletas de cadáveres
Mientras que una sirena triste en el mar se sumergía.

Deberías destruir la ciudad gris que nunca mira
Olvidar el mundo que va más allá de esta agonía
Escupir viento de perro cada vez que la respiras.

Margarita:

Seremos pues los mitos que en el éter aún dormitan
Y son los misteriosos habitantes inquietos de los aires.

(Al cabo, Enrique se dirige a Margarita y acercando mucho su cara a la de ella, dice:)

Enrique:

Eres Casandra veraz, profetisa equívoca de Apolo, ya cuando cae la tarde.
Bruja celosa asesina, Medea de ámbar umbroso, al filo de la madrugada.
Incestuosa de amor suicida, te transmutas en Fedra a la luz clara del alba
Y eres loca troyana de amor violado, enardecida al otro lado del mar.

Margarita (Sin aparentar temor alguno):

De todo eso te vales y, simulando cariño, de reojo al mundo acechas
Oh, nuevo Agamenón de tu mujer y de tus hijos y tus hermanos.
De todo eso de mí y de todos los hombres y niños te aprovechas
Y difuminas la noble sabiduría con las mañas oscuras del poder vano.

Robas mis latidos e ideas y mis horas y minutos y mis gestos haces tuyos
Pues nunca se sabrá cuanto, si no es todo, de mi mente hay en la obra tuya.
El clamor de Casandra, Fedra y Medea apenas es para mí tenue murmullo
Que tus aullidos de perro lastimero silenciarán para siempre y ya sin duda.

Y al despertar mi vida en la alborada
Cada día se encenderá ardiente anhelo
De ser una mujer querida y deseada
Pero en ti solo arden sórdidos deseos.

Y a pesar de todo esto yo te quiero.

¡Oh, destino cruel de la mujer con talento regalada!
¡Oh, lucha inútil de las neuronas, las caderas y los pechos
Contra el torvo orbe masculino de mandriles al acecho
Desde la tarde oscura a la siguiente y preclara madrugada!

Y a pesar de todo esto yo te quiero.

(Enrique se retira hasta su sillón gruñendo como un perro. Ambos se quedan dormidos mientras la luz de la escena se va disipando lentamente. Entonces, Enrique se levanta silenciosamente, sale de la escena y enseguida vuelve con una paloma en las manos. Lleva un mensaje atado en una de sus patas.)

Enrique (en voz baja, acercando su rostro a la paloma):

Lo han de saber allá.
Al otro lado del mar
Aunque no sea verdad
Han de creer que los nazis
Una bomba muy grande construirán.
¡Vuela palomita, vuela!
Hasta la alta ciudad
Que sonámbula retumba
Al otro lado del mar.

(Enrique abre la ventana y suelta la paloma que emprende el vuelo por la ventana.)

Sirena:

Es un juego feroz de poderes y mentiras
Por un orbe cúpreo, infecundo y maldecido
Viento del alba que viene helado y se va herido
Hacia el horror de fuego que a los hombres se destina.

Los sabios de Manhattan que a los niños abandonan
Y a las madres ocres en las mareas y tifones asesinan,
Dejarán caer por el Asia una lluvia de fuego y de ceniza
Sobre las réplicas de acero de las hijas de la aurora.

Y en las salas de los hospitales largas filas de agonía
Del venenoso aire suspirando la radiación verdosa
Ya sabrán que una sirena azul en el mar se sumergía.

Deberíais ser sinceros con la ciudad que nunca mira
No mentir al mundo que va más allá de esta agonía
Escupiendo olor a perro cada vez que os respira.

Enrique:

Serán políticos los que encenderán los fuegos fatuos.
Yo no soy un espía.
En los libros de física estará mi retrato
No en los de psiquiatría.

Sirena:

No cruces entonces el mar ni hagas hato
Quédate donde soler vivías.
Si te vas con los científicos malvados
Yo te borraré de los libros de filosofía.

(Se despierta Margarita sobresaltada.)

Margarita:

¿Qué haces, amor?

Enrique (cariñoso):

Saludo alegre la salida del sol.

Margarita (asomándose por la ventana):

Solo veo cenizas entre las flores
¿Es el sol que saludas un sol de dolor?

Enrique:

Que brillará después más que mil soles
Como la gran maldición de Dios
En un universo haploide¹;
¡Ay, orbe sin compasión,
Sin caridad y sin amores!

Margarita:

¡Oh temporas, Oh mores!

(¹Haploide: Con un solo juego de cromosomas, los de la democracia yankee.)

Enrique:

¿Qué?...

Margarita:

Que de nuevo un triste sol
Comandará el universo
Aunque ni tú ni yo
Creamos ya en Galileo.

Enrique:

No. No
Yo seré el nuevo Copérnico.

Margarita:

Más bien el capo de un Dios
Que castigará al mundo entero.

(Se oyen golpes en la puerta.)

Enrique:

¿Quién podrá ser a estas horas?

Margarita:

Voy a ver

(Sale)

(Enrique se remueve inquieto en el sillón.)

Enrique (para sí):

Mi madre era judía y muchos en el Instituto también lo son. Temo una visita inoportuna.

(Entra Margarita con el Fürher)

Margarita:

Pase.

Fürher:

El partido siempre ha estado al lado de las ciencias positivas.

El partido siempre ha apoyado el hacer de los científicos

El partido siempre se ha aliado con la luz y con la vida

El partido nunca ha mantenido a hombres terroríficos.

Margarita:

¿Es eso verdad, señor?

¿A qué debemos entonces el horror de su visita?

Fürher:

Por la forma de rayo con la que la guerra hago

Muchos ahora me nombran Tonante Zeus

Mas, pues soy también benefactor de los humanos

Los perfectos arios me están llamando Prometeo.

Y así, efímero, libre y a la vez encadenado,

En lucha feroz conmigo mismo atónito me veo.

(El Fürher rompe a llorar, y se dirige suplicante a Enrique)

Quisiera preguntarte, ¡Oh oráculo saturnal!, por el camino

Que habría de llevarme a la curación y a la alegría.

Huyendo de esta infecunda gran esquizofrenia mía

En la que, impotente y triste, me hundo, sufro y olvido.

Enrique (temblando):

Señor, vos conocéis al gran psiquiatra Sigmund Freud. Él, mejor que nadie, podrá ayudaros.

Fürher (Enfurecido):

No es más que un perro judío sin troche ni moche. Un hocicudo distante de los arios y de los clásicos de la Hélade. Y aunque yo sé de tus marranos ancestros, tengo garantías sobre tu fervor luterano y de tu desmesurado talento. ¡Ayúdame! Al fin y al cabo, tu rostro no es ajeno al de Cancerbero, el tricéfalo perro guardián del Hades. Tú evitarás que los innumerables muertos que me visitan cada noche vuelvan a alimentar mi desgracia y mi triste locura.

(Suena música de la Valquiria de Wagner.)

Enrique (voz insegura):

Él es una luz brillante entre garabatos.

Un creador neurónico, vigoroso y genial.

Fürher:

Por la garra de presa con la que a los judíos mato
Muchos ahora me llaman la encarnación del mal.
Pero la desgracia que nos han traído los marranos
Clama insistente el adviento de una solución final.
Y así, yo estoy a muerte en favor de los humanos
Y a la vez genecito y clamo por la limpieza racial.

Enrique:

¡Dios mío!

Margarita:

Querido esposo mío, ¿ves ya reflejada en nuestro huésped la dualidad?

Él es el túmulo perfecto que implica complementaridad:

Los rayos nocturnos de Zeus, la luz de Prometeo,

La mente esquiva, extraviada, la púrica maldad;

De Téstor y Calcas, los adivinos aqueos,

El mito perfecto, lúdico y final:

La quintaesencia del mal,

La imagen de un Cristo ateo.

(Margarita abre la caja de Schrödinger y saca una imagen del Sagrado Corazón de Jesús en lugar del Cristo y lo expone frente a los ojos del Fürher.)

Enrique:

Apenas si lo percibo vagamente.

Fürher:

¿Soy yo acaso sólo una probabilidad?,

¿El casco que hizo invisible a Perseo?

(Enrique y el Fürher se miran completamente desconcertados.)

Margarita *(dirigiéndose de nuevo a Enrique):*

Y te digo señor de las órbitas donde reposan los pájaros del miedo:

La Biblia cuántica es el libro de la iniquidad

Claramente ahora lo percibo y lo veo.

El libro violeta de la ambigüedad.

Mitad ario y mitad hebreo.

Fürher:

Deja, mujer, que contemple con calma tu rostro inteligente y moreno,

Las aristas blancas que los años hacendosos han dibujado por tu pelo.

Margarita:

¡Aparta maldito asesino!

Enrique:

No le hagas mujer este feo.

Fürher:

¡Ay, ay que ya no os veo!

(El Fürher se desvanece. Margarita y Enrique huyen por la puerta mientras que la Sirena de Copenhague llora desconsoladamente y sus lágrimas producen un maremoto en las costas lejanas de África.)

Sirena:

La luz de la bahía clandestina

El sol huidizo y malquerido

El viento helado, el amor frío

Dolor que al hombre se destina.

El sabio que a los niños abandona

Y a las madres oscuras asesina.

El cerco de luto de la luna fría

La desazón de Ofelia ante la rosa

Y en la farmacia una niña blanca se moría
Suspirando los vapores de una luna venenosa
Mientras una sirena gris en el mar se sumergía.

Deberíais ser sinceros con la ciudad que nunca miro
No mentir al mundo que va más allá de esta agonía
Escupiendo olor a perro cada vez que os respiro.

Mi llanto. Este mi llanto de lágrimas azules
Será tan abundante y tan valeroso y fuerte
Que llegará a las costas africanas con la muerte,
Arrasando pueblos, siembras, pinos y abedules.

Mi llanto. Este mi llorar que de manar no cesa
Transportará hacia el sur los sombríos ataúdes,
Las brillantes mortajas y las arpas y los laúdes
Afinadas por las virtuales ahijadas de este valle.

Y cubrirán los sanatorios y leproserías de blanquecinos tules
En el escorzo de muerte de los niños y leones en los hospitales
Mientras una sirena ahogada en el fondo de la mar se pudre.

Deberíais ser sinceros con la Copenhagen que nunca mira
No mentir a un mundo que vuestro trajinar arrasa y hunde
Escupiendo olor a perro cada vez que os siente y os respira.

(La Sirena queda varada en el centro del escenario. Entra un Campesino con una regadera y un ramito de flores. Se arrodilla y deposita las flores en el suelo y, como si rezara, dice)

Campesino:

Dejémoslos reposar en la dulce almohada del poderío humano
Sobre los lúgubres túmulos de tantas pasiones y tantos muertos
Y huyamos por el camino incierto que se abre al último desierto
Donde nunca anochece y habitan los amores que son imaginados

- Dulce lugar de Dulcinea, feliz Toboso abierto –
- Afán de Don Quijote, última utopía de lo andado -

No miremos los escorzos terribles de sus corpachones secos
Evitemos sus escupitajos grávidos, sus rictus y sus espasmos
La moral múltiple de sus pútridas ánimas, discursos y diarios
La pobre cosecha de raíces y humedades de sus tristes huertos.

- Mortal abismo de deseos arbitrarios –
- Hogar hediondo donde procrea Polifemo -

Y dejadme llorar por la pobre ciudad evaporada
Llevarle crisantemos a las tumbas de sus muertos
Darle un mar de sueños y de noches y alboradas

Cuando llueva en el otoño y nieve en el invierno
Encontrareis mi pobre alma en llanto derramada
Dudosa entre vivir en este mundo o en el infierno.

- La tierra se ha hecho amiga de mi alma –
- La mar espera el final del río de mi cuerpo

(El Campesino coge un puñado de tierra y lo deja caer lentamente mirando los granitos escaparse entre sus dedos. Saca de su faltriquera una pequeña planta y la siembra, la mira embelesadamente y la riega con cariño. Luego se levanta y, súbitamente, cae al suelo como fulminado por un disparo: Muerto sobre la plantita.)

(Suena música de Wagner mientras cae el)

TELÓN

Fin de “Antítesis a Manhattan”

Medellín, 04/01/2010